

Compañero, escúchame...

(Extractado del
periódico "La Prensa",
Vancouver, agosto de 1993)

Por Laura Asturias

HE TRATADO de razonar contigo, de recordarte que nuestra unión implica mucho más que lo que pretendes atribuirle. Pero tú has tapado tus oídos a mi voz. Y has salido por la puerta. Me has dejado totalmente sola con mis pequeños y grandes sentimientos, con nuestros hijos y nuestras responsabilidades.

Por las noches he esperado tu regreso a casa con angustia y con cólera. Muchas veces has llegado furioso y totalmente ebrio, de nuevo a poseerme sin importarte que no haya amor de mi para ti en ese momento, sino que solamente una triste resignación y una plegaria interna por que todo termine pronto. Es triste que también yo haya creído que tienes el derecho a ultrajarme. Me ultrajas constantemente. Pasas por encima de mi dignidad cuando, en una reunión social, interrumpes todo lo que digo, corriges mis palabras y luego ríes a carcajadas con tus amigos por mi "estupidez". Siento deseos de borrar esa burlona mueca de tu cara, pero luego temo que al borrar la mueca también borre al hombre. Temo echarlo yo misma por la puerta.

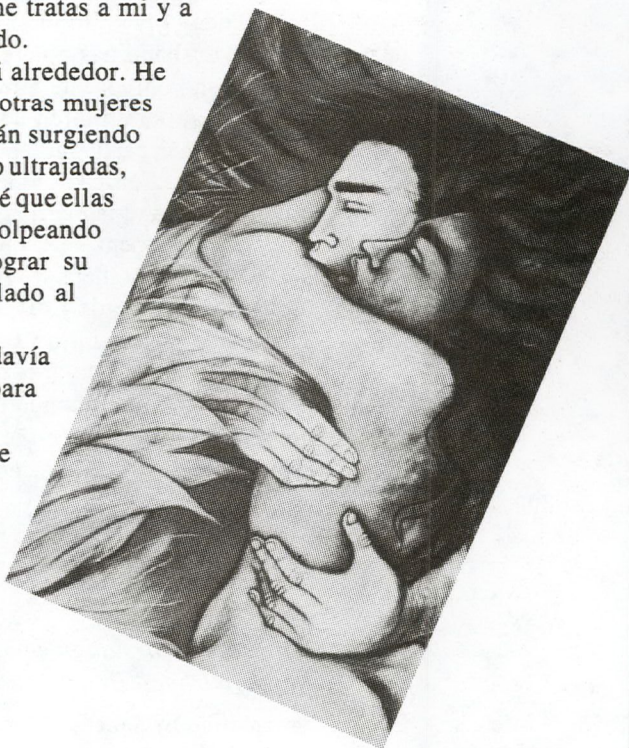
Escucho, con una falsa sonrisa, cuando tú y tus amigos re refieren a las mujeres como "el sexo débil". Mi sonrisa es falsa pues en ningún momento me has convencido de que seas fuerte. Tu fuerza radica solamente en el número de cifras que aparecen cada mes en tus cheques, en el grado de humillación con que me tratas a mí y a nuestros hijos, en la violencia con que tus puños nos han atacado.

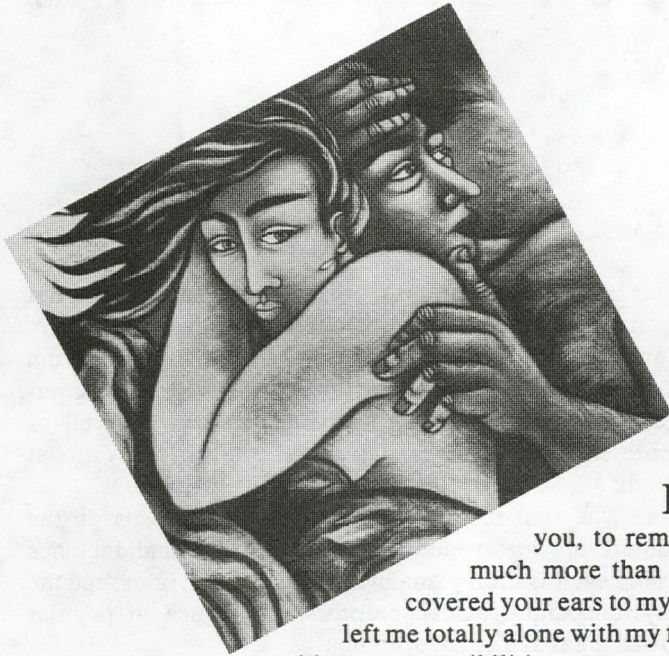
Por eso ahora he querido realmente hablarte. He visto a mi alrededor. He visto, afuera de la jaula en la que mi hogar se ha convertido, a otras mujeres que vuelan con las alas doradas. He leído sobre cambios que están surgiendo en las vidas de muchas mujeres, que han rehusado continuar siendo ultrajadas, denigradas, reducidas a un punto invisible en el universo. Ahora sé que ellas antes se sintieron tal y como yo me siento en este momento, golpeando con los puños contra un muro de concreto. Sé que para lograr su autonomía y acabar con los abusos, tuvieron que hacer a un lado al compañero que un día escogieron para compartir su vida.

Pero yo, querido esposo, no quiero llegar a eso. Queda todavía en mi un vestigio de amor por ti, y quizás eso sea suficiente para empezar a respetarte de nuevo. Quiero que ganes mi respeto.

Quiero que recuerdes que soy una persona y no el objeto de tus deseos. No quiero tener que "soportarte" o "tolerarte". Quiero que estés aquí para mí, y a cambio de eso ofrezco estar aquí para ti. Nuestro futuro juntos necesita ser renegociado en base a todo aquello en lo que el proceso dinámico de la vida me ha convertido.

Trataré de buscar un punto medio en mi camino hacia ti y espero poder encontrarte allí. Por eso...
hablemos, compañero.





Compañero, listen to me...

By Laura Asturias

Reprinted
from *La Prensa*,
Vancouver, August 1993.

I HAVE TRIED to reason with you, to remind you that our relationship implies much more than you are willing to admit. But you have covered your ears to my voice, and have walked out the door. You have left me totally alone with my feelings, both great and small, with our children and with our responsibilities.

At night I have awaited your return with anguish and with anger. Many times you have arrived drunk and furious, to possess me. You have never cared that there is no love in me for you in that moment; only a sad resignation and a silent plea that it end soon.

It is sad that I also have believed that you have the right to humiliate me. You constantly violate my dignity. You trample on my dignity when, at parties, you interrupt everything I say, correct my speech and afterwards laugh with your friends about my "stupidity." I yearn to erase that mocking grimace from your face, but I fear that by erasing the grimace I also erase the man. I myself fear to throw you out the door.

With a false smile I listen when you and your friends refer to women as "the weaker sex." My smile is false because in no way have you convinced me that you are strong. Your strength is based only in the numbers that appear each month on your paycheque, in the degree of humiliation with which you treat me and our children, and in the violence with which your fists have attacked us.

Because of this I have really wanted to really speak to you. I have seen what is around me. From the cage that my home has become I have seen other women who fly with golden wings. I read about the changes occurring in the lives of many women; those who refuse to continue being violated, denigrated, reduced to an invisible point in the universe. Now I know that these women once felt as I do now, beating my fists against a concrete wall. I know that to achieve their autonomy and to end the abuse they had to leave behind the man they had previously chosen to share a lifetime with.

But I, dear husband, don't want that. A vestige of my love for you remains alive, and perhaps it will be enough to begin to respect you again. I want you to gain back my respect.

I want you to remember that I am a person, and not the object of your desires. I don't want to have to "tolerate you", or "put up with you", I want you to be here for me, and in turn I offer to be here for you.

Our future together needs to be renegotiated, based on what the dynamic process of life has made me become.

I will try to find a halfway point in my path towards you, and I hope to be able to meet you there. For this, let's talk, *compañero*.